

Cúbrenos con tu manto de indiferencia

Cover us with your mantle of disregard

DOI: [10.5281/zenodo.18381829](https://doi.org/10.5281/zenodo.18381829)

Paulina Macías Núñez

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Museo Regional de Querétaro

Querétaro, México

paumacias@gmail.com

ORCID: 0009-0009-8132-478X

Recibido: 18/08/2025

Aceptado: 25/09/2025

Universidad Autónoma de Querétaro
Licencia Creative Commons Attribution - NonComercial ShareAlike 4.0
Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)



Rodeada de rosas y querubines esqueletos, la *Virgen Cthulhupe* (ver Figura 1) flota sobre un ser aparentemente marino con alas de murciélagos. Su cara de pulpo contrasta con sus manos en postura de oración, así como con el manto estrellado que caracteriza a la Guadalupana. “Cúbrenos con tu manto de indiferencia”, dice Ricardo Mosterín, artista visual, en una de sus historias de Instagram para promocionar la venta de los últimos prints en serigrafía que hará de la Virgen Cthulhupe (comunicación personal, diciembre del 2024).

Figura 1. *Virgencita Cthulupe* (2021), Ricardo Mosterín.



Nacido en 1983, Mosterín se ha dedicado a la creación de imágenes en diversos soportes, principalmente realizando caricatura y muralismo. Dibuja desde niño, “prácticamente desde que puedo sostener un lápiz” (R. Mosterín, comunicación personal, 24 de junio del 2025) y tiene guardados algunos de sus primeros dibujos entre los centenares de ilustraciones que conforman su archivo. Sus trazos seguros y su capacidad de expresar ideas complejas tomando una postura crítica a través de una sola imagen, dejan ver todos los años que lo preceden en el manejo de un lenguaje característico de su estilo. Esto lo hace no solo desde la provincia, sino también desde los márgenes del campo cultural y de las instituciones — con las que a veces dialoga y a las que a veces desprecia — de la ciudad en donde vive.

Aunque nació en la Ciudad de México, vive en Querétaro desde que tiene siete años. Este lugar es el sitio que lo ha visto crecer y equivocarse, pero aún más importante, ha sido su campo para experimentar la vida. Lo anterior se nota sobre todo en las ilustraciones que realiza. Es una ciudad que le ha dado mucho, pero que, al mismo tiempo, le provoca ciertas neurosis que se perciben en los relatos que cuentan sus imágenes. *Queerétaro* (ver Figura 2), se menciona en una de sus últimas creaciones, donde un personaje sado penetra por detrás a uno masoquista.

Figura 2. *Queerétaro* (2025), Ricardo Mosterín.



Moste, seudónimo con el que firma sus ilustraciones y sus stickers, o Silomi, nombre que usa en los *tags* que deja por las calles, tiene Instagram desde hace 10 años. Le interesa mucho lo que sucede en una plataforma como esa, pues la encuentra divertida. Sobre todo, aprecia la respuesta en tiempo real que le ofrece porque le permite estar al día sobre el tipo de imágenes que están en el debate público. Esto último le ayuda a tomar decisiones visuales.

“Todos los medios te hacen sentir escuchado de una forma diferente” (R. Moserín, comunicación personal, 24 de junio del 2025). Le interesa la retroalimentación que recibe de las redes, de la misma forma que pasa en una galería o en la calle. Le gusta la versatilidad de mostrar su trabajo en diferentes puntos, lo que lo ha llevado a relacionarse con su audiencia de una manera muy directa y cercana, logrando un gran impacto al colocar su trabajo tanto en el espacio público como en el digital.

Esto me hace volver a la Virgen Cthulhupe. ¿Por qué me interpela con tanta vehemencia? ¿Qué me atrae del gesto subversivo de intervenir una imagen tan sacra de manera tan obvia?

Partamos del hecho atrevido¹ de intervenir a la Guadalupana. Consideremos la edad de Ricardo y la mía; tenemos 42. Seguramente nuestras familias y formaciones fueron muy distintas. Mientras él iba a conciertos de punk local a empujarse entre hombres en el *slam*, yo me alaciaba el pelo para asistir a los quince años de alguna niña de escuela católica que competía con sus amigas por gustarle a más adolescentes; sin embargo, crecimos en la misma comunidad. Una ciudad apenas creciente que mostraba de a poco la posibilidad de ser distinto y tener un lugar. No sé quiénes son los papás de Ricardo, pero estoy segura de que alguno de ellos, alguna tía, abuela o mamá de un amigo era devota de la virgen de Guadalupe. Aunque con distancia, constato en él un conocimiento cercano de una devoción, de una fe; la veo porque la tengo. Yo recé el rosario algunos años todos los días, fui a una escuela católica y me sé, además de los mandamientos y el padrenuestro, la salve...

Hablo de la edad porque también imagino el mundo en el que creció Ricardo; el acceso más o menos temprano a la música pirata, el interés por eso otro, lo que

1 En una reciente conversación con Valerio Gámez —también artista visual— en el Max, cantina gay de Querétaro, hablamos sobre el retiro de su pieza Guadalupapi en ese recinto. Valerio me contó que la foto había estado colgada un tiempo, pero la retiraron porque los asistentes a la cantina se quejaban; es decir, incluso en contextos de apertura como una cantina cuyos clientes son personas de la comunidad LGBTQ+, la intervención de la imagen de la Virgen de Guadalupe puede ser vista con recelo o incluso rechazo.

no es propio; el desencanto adolescente con la religión, la búsqueda del refugio que te daba creer en algo. Para intervenir una imagen hay que quererla, hay que mirarla con mucho detalle. La iconoclasta antes de destruir, venera. Es un ritual de sacrificio. Sangre para la tierra. Matar para llamar de nuevo a la vida. Ricardo conoce bien a la Guadalupana y su devoción, por eso se anima a apropiarla.

Hay un disfraz que Ricardo sabe usar muy bien. “Dibuja diario” afirma y dibuja historietas, ilustraciones todas con un lenguaje complejo, pero que llama a lo infantil o a lo juguetón, más bien. Los colores son fracos y brillantes, los matices no tienden a la sombra, sino a la luminosidad. Parece que Ricardo siempre se está riendo. O ese es el velo que le da a su obra para que, quien lo detalla, encuentre un contenido intelectual profundo, serio, a veces hasta existencial: cábrenos con tu mando de indiferencia, oh Virgen Cthulupe, patrona del fin del mundo (¿o del inicio, con todas esas referencias acuáticas?), monstruo primigenio que nos recuerdas que venimos y vamos a la nada: “pues polvo eres, y al polvo volverás” (La Biblia de las Américas, 1986, Génesis, 3:19).

No podría definir claramente cuál fue mi primer contacto con el arte visual, pero sé perfecto cuál fue mi primer acercamiento a la poesía; fue la oración. Las jaculatorias del rosario, sobre todo, la misa. Esa respuesta que se expresa en coro antes de la comunión. “Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanar mi alma” (La Biblia de las Américas, 1986, San Mateo, 8:8). Una plegaria dicha en colectivo antes de que esa oblea, símbolo del cuerpo de cristo, la palabra y el verbo encarnado, entre por la boca llena de saliva a nuestros cuerpos-casa. Plegaria que celebra el sacrificio, es decir, la salvación a través del canibalismo, la animalidad en el ritual que trajo a la humanidad a esto que llamamos civilización.

Lovecraft —a quien Ricardo leía cuando comenzó a bocetar la idea de Cthulupe— publicó a inicios del siglo XX el cuento *La llamada de Cthulhu*, una historia que alerta a nuestra especie sobre el regreso de un antiguo terror y el peligro de traspasar nuestros límites. Labatut (2021), en su ensayo *La piedra de la locura* publicado en los Nuevos Cuadernos de Anagrama, menciona sobre el cuento:

“La llamada de Cthulhu” fue inspirado por un sueño del propio Lovecraft. Lo describió en una carta que envió a su amigo, Reinhardt Kleiner: durante su ensoñación, Lovecraft intentaba vender un espejuznante bajorrelieve, que había esculpido con sus propias manos

a un museo de antigüedades en Providence, su ciudad natal. Cuando el anciano curador del establecimiento se burló del escritor por tratar de hacer pasar una obra de arte recién manufacturada por una verdadera antigüedad, Lovecraft le respondió: «Por qué dices que este objeto es nuevo. Los sueños del hombre son más antiguos que Egipto, más arcaicos que el misterio de la Esfinge o que los jardines de la eterna Babilonia. Y esto fue creado en mis sueños» (p.11).

Eso hace Ricardo. Traer una ensoñación tan vieja como el misterio de la Esfinge y la publica en Instagram, con un lenguaje divertido, y a la vez audaz, que deja entrar con las defensas bajas el poderoso misterio que transporta. Entonces pienso en la oración que rezaba mi mamá en el auto al inicio de cualquier viaje en carretera: “Virgen de Guadalupe, cúbrenos con tu manto. Guárdanos y defiéndenos de todo mal y peligro. Así sea”. Pero ¿cómo nos cubre Cthulhupe?, ¿cómo Cthulhupe, llena de indiferencia, puede hacer frente al mal que ella misma transporta?

Pareciera que la operación intelectual y visual de Ricardo entonces es la de invalidar a la virgen como protectora. Al convertirla en Cthulhu, en monstruo, deja de poder defendernos. Sin embargo, la Cthulpe de Ricardo no nos ataca, nos ignora. Y en este pequeño detalle, en esta mirada aguda, más que atacar el ícono, lo subvierte. Ricardo no está huyendo de la espiritualidad, ni la está negando. Lo que hace en realidad es encontrar otra forma de esta o devolverle a lo espiritual su vínculo con la naturaleza, con lo siniestro, con el misterio. La Cthulhupe es esa virgencita que no nos mira, que se sucede a pesar de nosotros. Esa madre naturaleza implacable e indiferente que deja que sus hijos crezcan y se defiendan solos: que se adhieran a su seno como puedan, a través del arte, a través de la guerra, a través del amor.

Referencias:

- Labatut, B. (2021). *La piedra de la locura*. Nuevos Cuadernos Anagrama.
- La Biblia de las Américas [LBLA]. (1986). *La Biblia de las Américas*. Bible Gateway. <https://www.biblegateway.com/passage/?search=G%C3%A9nesis%203%3A18-20&version=LBLA>